

RECOPILACIÓN

CUENTOS TAOÍSTAS



autores

**Practicantes de Qigong
Curso Formación Qigong 10ª Promoción**



e-book editado en Sant Jordi 2019
Barcelona

Corrección y revisión de estilo: cortesía de Lydia Verdeny Pérez

Maquetación: Lisset Salazar Moreno

Portada: foto Almendro en flor, Núria Leonelli

Índice

1	Carta para mi amigo cerezo , Antonia Oller Ruz	4
2	Dádivas , Luis Pérez Sorribes	5
3	De nuevo otra primavera , Silvia Capilla Corchero	6
4	El baobab y el vacío , Federico Crovetto	7
5	El Cerezo , María Josep Jiménez Subirana	8
6	El ciprés , Montserrat Ruíz Martínez	9
7	El fluir de mi liquidámbar , María Ángeles Bordes Pueyo	10
8	El Gran Cuc , Olga Fernández Puigcarbó	11
9	El pi , Marta García Muñoz	12
10	El viejo Roble , María Victoria Vico Gavilán	13
11	Entre la oscuridad y la luz , Raúl Rodenas Rubio	14
12	Érase una vez una higuera , Lourdes Montoro Lopera	15
13	La morera , Leandro Cordón Brioa	16
14	La sabiduría del Roble , Pau Guerrero Prado	17
15	La vida emocional de un árbol generoso , Cleofe Bucchi	18
16	Los frutos del trabajo , Francisco Javier Giner Mesado	19
17	Un maestro , Mariana Alejandra Barquero Noval	20
18	Un relato personal , Mònica Badia Crexans	21
19	Yi y el sauce , Enric Mayals Juani	23

Prólogo

En invierno la luz blanca y fría perfila un paisaje escuálido. Solamente el corazón percibe la belleza de lo esencial. El invierno simula reposo. El invierno aparenta silencio. El invierno es un gran mentiroso -finge- quietud. El invierno no es una pausa porque el ciclo nunca se detiene.

Bajo un manto de hojas húmedas esconde un taller creativo. Los inventores de la primavera andan atareados con preparativos. La savia con anhelos de brotes tiernos, las semillas con sueños de frutos y flores. Los pintores preparan sus paletas de colores, los insectos, el atril y las partituras. Solo un impaciente almendro ha delatado toda la farsa del invierno. El invierno es un vacío creativo. Porque el invierno es un espacio para lo nuevo.

Este libro ha fluido con las estaciones, cada cuento ha sido una semilla latente de energía que ha germinado y crecido. Invierno, primavera, verano, otoño y, luego, otra vez invierno...

Núria Leonelli i Sellés

1 Carta para mi amigo cerezo, Antonia Oller Ruz

Querido WU,

Cuántos recuerdos le trajo tu carta a mi corazón.

Me acuerdo de que yo era un ciprés entrado ya en la madurez y tú, un pequeño cerezo tan hermoso como tierno, inocente y luminoso. Jugabas siempre con tu sombra y te reías a carcajadas cuando los niños venían a frotarse los talones con mi resina para caminar sobre las aguas del río.

Nos alegraba ver a la gente lavar su ropa en el río, o cuando los ancianos venían de lugares lejanos a recoger mis semillas porque decían que su consumo los hacía más longevos. Aunque lo que más te gustaba era nuestro río rodeado de rocas donde siempre se oía el sonido del agua precipitándose. Éramos felices.

No obstante, un día vinieron a buscarte y te arrancaron de mi lado para llevarte a la gran ciudad, te alejaron de mí y te plantaron en el centro de la gran urbe. Eras el único árbol que había en esa ciudad. Me escribes que eres feliz cuando miles de personas contemplan tu hermosura, huelen tu fragante corteza y te abrazan para encontrar la Paz. Me describes que estás solo, rodeado de edificios, de cemento, de coches, de sirenas, de bullicio y que te es difícil encontrar el silencio y la paz.

Para mí las cosas también cambiaron. Nuestro precioso río se congeló y ya no puedo oír el sonido del agua día y noche. Ahora escucho el sin sonido: el silencio. Estoy escuchando lo que me dice este SILENCIO tan poderoso. Este Silencio que siento en mi interior me habla de sonidos maravillosos como el gorjeo de los pájaros, la risa de un niño, el sonido de la lluvia, el desliz suave de las hormigas sobre mis raíces, el aire fresco de la mañana...

Querido amigo, este Silencio es PAZ en mi corazón, quietud y Amor incondicional por toda la Creación. Es el sol suave calentando mi copa y saber que estoy bendecido por el TAO. Gracias a ti he podido encontrar el silencio, la paz y la compasión.

Un abrazo, te quiero.

2 Dádivas, Luis Pérez Sorribes

Cada tarde, Zhang salía del trabajo, ponía en marcha su ciclomotor y recorría los tres kilómetros que le separaban de su casa, en el pueblo cercano. Era un recorrido agreste y poco transitado. Dejaba atrás una arboleda, sorteaba un par de colinas y se adentraba en una vasta pradera. Mientras la brisa acariciaba su rostro, Zhang solía recordar con cierta melancolía que hubo un tiempo lejano en que aquel paisaje familiar le maravillaba. El último tramo del camino circulaba absorto, pensando en todos los quehaceres domésticos y familiares que tenía por delante, antes de poder caer rendido sobre la cama.

Un buen día, decidió parar el ciclomotor a mitad de aquel camino, junto a un solitario olivo. "Necesito descansar. A partir de ahora pararé un rato junto a este olivo antes de volver a casa", pensó. Así lo hizo. No llegaba a dormirse. Parecía desearlo, pero enseguida comenzaba con su cavilar, acerca del comportamiento del vecino, del porvenir del negocio, la prepotencia de su socio, etc. Pero aquellos descansos no surtían efecto. El cansancio y la melancolía seguían.

En otra ocasión, empezado ya el otoño, Zhang yacía cuando, tras una ráfaga de viento, una de las ramas superiores del olivo, ya muy cargadas de aceitunas, se resquebrajó y cayó. De pronto unas gotas de sangre brotaron de una herida superficial en la frente de Zhang y circularon por su rostro. Zhang enseguida contempló las yemas de sus dedos empapadas de sangre. De repente había desaparecido aquella cadena de pensamientos entrelazados, con sus preocupaciones adheridas. Miró al olivo, consciente de sus dádivas: sombra en los días calurosos, refugio las tardes de lluvia, y una rama llena de frutos. Gracias a ella Zhang ahora era capaz, por primera vez en mucho tiempo, de mirar al olivo, y nada más.

3 De nuevo otra primavera, Silvia Capilla Corchero

Amanece un domingo de primavera, desperezándose el día ante un sol que se descubre radiante, con una calidez que hipnotiza. Arriba, el inmenso cielo que nos da su cobijo está despejado. En las calles, sus gentes aún no han despertado. Silencio y quietud. Nadie transita por ellas, no hay tráfico. No existe nada, por un momento todo se ha pausado.

Bandadas de vencejos rompen el silencio y se atreven a planear bajo. Si estiro el brazo, casi puedo llegar a tocarlos. Escucho su canto, me uno a su vuelo, con su rápido aleteo, surcan velozmente el cielo, sin descanso. Sus vidas transcurren, básicamente, en el aire, volando ininterrumpidamente. Comen, duermen y copulan volando.

Únicamente se posan para poner los huevos, incubarlos y criar a sus polluelos, que, una vez criados, abandonan el nido una mañana como esta, alzando el vuelo de repente, sin haberlo hecho antes.

Abajo, a semisombra, una grandiosa bauhinia con sus hermosas y fragantes orquídeas rosas de cinco pétalos, sus vainas y sus curiosas hojas en forma de pata de vaca, regalándome su belleza de primavera. Nada exigente. Solo necesita protegerse de los fríos. Fuerte, resistente a plagas y enfermedades, tan capaz, que por su forma natural de vegetación no requiere poda, solo el recorte de alguna rama ya innecesaria. La brisa acuna sus ramas, comenzando a desprenderse algunas flores, formando a sus pies un manto de esa belleza que pronto será marchitada. Cuántas primaveras regaladas. Se aproximan vientos de cambios.

Desde el balcón te observo con nostalgia. Dejo atrás los pensamientos de un pasado, ya pasado, y de un futuro que aún no ha llegado. Mi atención es para las cosas importantes. Limpio y vacío mi mente para dejar espacio. Aprecio la belleza efímera. Y ese ciclo de la vida, a veces sin principios ni finales claros, en el que es preciso caminar en armonía para fluir con los cambios.

4 El Baobab y el vacío, Federico Crovetto

En medio de la nada podía verse desde lejos y con claridad el árbol gigante. Alrededor, el vacío lo abrazaba con un silencio armonioso, de pronto una repentina tormenta cambió la perspectiva e intentó abatirlo, pero el Baobab supo doblarse y consiguió no romperse.

Más fuerte que antes. El silencio armonioso regresó.

5 El Cerezo, María Josep Jiménez Subirana

Hoy es el día que Eva vuelve de Sídney... hace 25 años que se fue. Yo solo tenía 10 años y no entendía porque se iba tan lejos.

Terminó la carrera de turismo y decía que no sabía qué hacer con su vida. Un día, mientras cenábamos, lo soltó:

—Papá, mamá... ¡me voy a Australia!

Papá es el que peor lo llevó. Mamá se hizo la valiente por todos. Y yo tenía otras distracciones y además podía presumir de tener una hermana al otro lado del mundo.

Cuando ha llegado a casa, mamá había hecho arroz con leche (a Eva le encantaba y lo había echado de menos). Solo venía una vez al año, por Navidad, y no faltaba el arroz con leche de mamá. Pero ahora era distinto, no volvería a irse.

Antes de entrar en la cocina, se ha asomado al balcón del patio interior, ha cogido aire muy hondo y ha abierto los ojos para no perder detalle:

—... todavía sigue en flor, todavía podré verlo en todo su esplendor, pero ¡no importa! Porque ahora estaré cerca para ver como florece, como brotan sus hojas verdes, como da sus dulces cerezas, como se vuelve anaranjado en otoño y como se quedan sus ramas desnudas en invierno... ¡para volver de nuevo a empezar!

»¡Cómo ha crecido!!!! En este patio interior, protegido del viento, con el agua justa de la lluvia y elevándose en busca de la luz del sol...

»¿Cuánto debe medir, Anna? ¿Diez metros? ¡Cuando me fui era poco más alto que yo!!!

—Sí, Eva, también ha sacado fortaleza como nosotros para tirar adelante y hacia arriba cuando los tiempos eran difíciles...

6 El ciprés, Montserrat Ruíz Martínez

María observaba el llanto ajeno sin comprender muy bien la escena en que este brotaba, su presente, su momento. 5 añitos de edad no daban para más. Adultos vestidos de negro, personas en fila que andaban despacito y caras tristes por doquier.

“¿Será por mi papá todo esto? Mi papá está en el cielo y me han dicho que está bien. ¿Por qué todos están mal si él está bien? ”, expresaron sus ojos.

“Y el lazo negro de mi coleta me aprieta demasiado”, denotaron sus gestos de incomodidad.

Y fue a sentarse bajo el Ciprés más grande que vio cerca.

Mientras miraba la escena, unas ramitas del Ciprés se engancharon a su lazo aflojando y soltando su precioso pelo ondulado.

“Qué alivio!!”, manifestó su carita.

Y aprovechó para descalzarse esos zapatos negros de charol tan rígidos.

“Qué bien”, expresaron sus piececitos.

Y pensó que si trepaba por el Ciprés vería mejor lo que pasaba. Subió ligera hasta la cima y abrazadita a las ramitas pudo sentir como ese árbol larguirucho aspiraba desde la tierra alguna cosa y en la cima, como si expulsara el polvo, se sacudía con el viento y liberaba lo que había aspirado. Y se puso muy atenta con los sentidos de la inocencia y pudo entender como el Ciprés ayudaba a todos los papás a subir al cielo; desde sus raíces hasta las nubes. Lo supo porque pudo sentir el aroma de la colonia de su papá justo cuando el Ciprés se sacudía. Esa revelación la hizo bajar rápido y correr hasta el grupo de personas de negro que miraban una caja a punto de meterse en una pared.

Y con el pelo despeinado y sus pies descalzos les gritó a todos muy alegre:

—No lloréis. Mi papá se ha ido al cielo por el Árbol que aspira.

7 El fluir de mi liquidámbar, el fluir de la vida, María Ángeles Bordes Pueyo

Miro por la ventana y me maravilla ver como mi precioso liquidámbar cambia sin perder su esencia. Una esencia marcada por el paso del tiempo, de lo que empieza y acaba y renace y crece de nuevo, así como es el paso por la vida, la vida vivida.

Vivir como beber de mi liquidámbar... su verde frondoso en verano, lleno de vida, energía de la savia que recorre sus ramas, sus hojas... un verde brillante que deslumbra la vista y me embauca y me eleva hacia lo más alto.

El salto al otoño, un recorrido lento, placentero, suave y dulce. Del verde brillante a la explosión de colores... ¿quién ha dicho que el otoño es triste o melancólico? ¿Que el día se acorta y la noche se acerca? Aunque a simple vista podríamos decir que es así, mi liquidámbar se muestra alegre, expresivo, con ganas de cambios y de iniciar una nueva etapa en la que se deja fluir para mostrar lo mejor de sí mismo.

Mi liquidámbar me muestra una cara del otoño. Una cara llena de vida, de transformación... sus hojas presentan un arcoíris de colores... del verde vivo, al verde marronáceo y al marrón vivo y del marrón vivo al rojo vino, ¡al rojo vivo intenso!... ¡Qué rojo más precioso! Es como el punto máximo de explosión de colores, de la vida, del sentir... y cuando osaríamos pensar que ya no puede mostrar una imagen mejor... nos sorprende con sus tonos amarillos, un amarillo brillante como el sol, un amarillo que me lleva a revivir y volver a sentir momentos felices, que me llena de optimismo y ganas para empezar una nueva etapa, un nuevo otoño, un otoño vital, una savia energizante, una savia llena de vida...

Me bebo su savia y se despoja de sus hojas para quedarse aparentemente desnudo. Se muestra sin velos, se muestra desnudo y mis ojos lo siguen viendo precioso. Su esencia está dentro, y cada año me regala el espectáculo del fluir de la vida a través de sus hojas, sus colores y su alma desnuda.

Qué precioso es el liquidámbar... muestra el fluir de la vida, un fluir sin el cual la vida no sería vida y la vida vivida es la savia de la vida, de mi vida.

8 El Gran Cuc, Olga Fernández Puigcarbó

Mamá y papá tenían en casa un cuadro muy bonito y misterioso. A lo lejos, se divisaba un árbol hermoso: siempre tuve curiosidad por identificar de qué tipo era. Un camino llevaba hacia él. Soñaba que entraba en el cuadro y caminaba por el bosque hasta encontrarlo.

Un día hablé con la familia y decidimos entrar en el lienzo y llegar hasta el árbol. En el camino, encontramos diferentes senderos y una zorra amable se dispuso a guiarnos hasta la colina. Ante nuestra vista, aparecieron culebras, riachuelos con peces saltarines y pájaros de muchos colores. Todos, contentos, disfrutábamos del camino.

Cuando la oscuridad le iba ganando terreno al día, la zorra desapareció, pero de repente, asomó tras la montaña una cara redonda, clara y sonriente que iluminó nuestro camino y al alzar la mirada hacia ella, atravesó el cielo, como si de un relámpago se tratara: un reptil con aletas, que volaba mostrándonos la ruta que debíamos seguir. Era un ser extraño, pero su expresión era alegre y confiamos en él.

Seguimos montaña arriba hasta que por fin apareció, enorme, firme y sereno, el Castaño de Can Cuc, con su puerta abierta, dando paso a todos los seres que en él se querían refugiar. Entramos en su barriga y ahí nos quedamos dormidos hasta que el piar de los pájaros nos dio los buenos días.

Después de desperezarnos nos pusimos en acción. Unos recogieron moras y frambuesas para el desayuno, otros trepamos por las ramas para observar, desde lo alto, la inmensidad de la montaña. Nuestro pelo bailaba con el viento y parecíamos seres llegados de otros mundos. Bajamos, comimos los frutos que nos regaló la tierra. Luego entrelazamos nuestras manos haciendo un gran círculo alrededor del Gran Cuc y le agradecemos su hospitalidad. Emprendimos el descenso hacia casa tocados por la huella que el Castaño de Can Cuc había dejado en nuestro corazón.

9 El pi, Marta García Muñoz

—Mama, per què t'agrada tant anar al parc?

Somric i penso com posar paraules al que no es pot descriure. Cada dia passo per aquell immens parc. Li conec cada racó, cada olor; conec la riquesa vegetal i faunística que hi fa vida. Els arbres, molts dels quals centenaris, amb dimensions i aspectes excepcionals, em saluden cada matí; o potser m'ho sembla perquè, a aquelles hores, només s'escolten les meves petjades i el refrec de les fulles dansant amb el vent.

Hi ha dies en què la boira provocada per l'excés de pensaments de coses per fer, llista eterna, fa que passar per allà sigui un pur tràmit: caminar agitadament, respirar sense sentir olors, mirar sense veure-hi res. Desconnectada del meu centre pel laberint de la rutina diària, la ment porta les regnes, i genera una sensació de desassossec que comprimeix l'estómac i que, de ben segur, durarà tot el dia.

Llavors busco el moment de tornar-hi. Passejant tranquil·lament, acabo sempre al peu del pi gegantí, imponent, majestuós i alhora acollidor... Aixeco el cap, me'l miro i allà tot desapareix. Com si d'una goma d'esborrar es tractés, la seva presència centenària fa que tot s'esvaeixi i l'ànima resti en suspens, com si aguantés la respiració per tal de només "ser". Percebo el so de l'arbre, l'arqueig de les branques pel vent i els forats de llum, que es mostra i s'amaga. Respiro, miro, escolto i noto tot el que m'envolta, tot el que hi ha, a la fi, tot el que sóc. Somric, he arribat a casa.

10 El viejo Roble, María Victoria Vico Gavilán

Una tarde de otoño, Juan salía de la oficina cansado del largo día de trabajo. Empezó a caminar sin rumbo, sumido en sus pensamientos, y, sin darse cuenta, se adentró en el parque de la ciudad. De pronto ante él un majestuoso Roble le hizo volver al momento presente: miró y vio a su alrededor un paisaje mágico de tonos naranjas, marrones y amarillos que parecían hablarle, sintió en su rostro la cálida luz del sol que le acariciaba, olió el aroma fresco de la tierra húmeda, escuchó el silencio que solo era interrumpido por algunos pajarillos que revoloteaban por las ramas. En aquel momento se dio cuenta de que a los pies del Roble había sentado un anciano de mirada amable. Se sintió muy atraído y se acercó a él. Este lo miró y con un gesto amable y sereno le invitó a sentarse a su lado. Pareciese como si le hubiese estado esperando. El anciano estuvo en silencio un rato, Juan no se atrevía a decir nada. Esperó... Transcurridos unos minutos el anciano le dijo:

—Cierra los ojos y con tu respiración conecta con la sabiduría de este árbol... porque él solo ES lo que ES, solo en el silencio interior hallarás lo que anhelas.

Y sintió como todos sus pensamientos se desvanecían soltando todas sus preocupaciones sin resistencia, sin esfuerzo; aquel viejo árbol era parte de él y él parte del árbol... No sabe cuánto tiempo transcurrió en aquel estado. Cuando abrió sus ojos lleno de gratitud se volvió hacia el anciano, pero ya no estaba allí; aun así dio las gracias al Roble por aquel momento y pensó que volvería para hablar con el anciano. Y regresó al día siguiente y al otro y todos los días, nunca volvió a ver más al anciano, pero se sentaba a SER debajo del viejo Roble.

11 Entre la oscuridad y la luz, Raúl Rodenas Rubio

En medio de tanta oscuridad crecía un pequeño árbol; quería ser como los demás, un árbol serio, oscuro, formar parte de un bosque tenebroso.

Los aldeanos nunca iban a ese lugar por miedo a su oscuridad. Un día, un muchacho de 12 años deambulaba por ese bosque, perdido, sin rumbo, nervioso y con lágrimas en los ojos.

Aquel árbol joven intentaba llamar su atención para ayudarle. El resto de los árboles hacían crujir sus ramas con el poco viento para que marchara.

El árbol joven llamó su atención apartando sus ramas secas, dejando pasar un débil rayo de luz que venía del sol.

El muchacho al ver esa luz se le abrazó todo lo fuerte que pudo al tronco, mientras le daba las gracias. El miedo le había cegado y no sabía volver a la aldea.

Tan inmenso fue el abrazo que el árbol notó la energía pura y humilde de un niño agradecido.

Cuando aquel muchacho marchó, el árbol sintió que no quería ser como el resto de los árboles que le rodeaban. Empezó a disfrutar de los rayos de sol, de la lluvia recorriendo todo su interior, dejaba que los animales jugaran entre su ramaje.

Un día se asombró al ver que en una de sus ramas había salido una hermosa flor. Todos los árboles de su alrededor se quedaron asombrados ante aquel acontecimiento nunca vivido en decenas de años. En pocos días se llenó de esas flores tan hermosas.

Los aldeanos iniciaron una excursión para ver qué había pasado en el interior del bosque. Esas flores se avistaban a cientos de metros. Al llegar descubrieron que aquellas flores se habían transformado en una fruta de un color rojo brillante. Tenía decenas, cientos de Frutos. Eran Manzanas.

Desde aquel día el árbol entendió la gratitud sincera y humilde de aquellas personas. Con un simple rayo de luz la vida en aquel bosque tan oscuro cambió. El manzano escuchaba y disfrutaba de su entorno compartiendo el sol, el viento y el agua que recorría desde la rama más alta hasta la raíz más profunda.

12 Érase una vez una higuera, Lourdes Montoro Lopera

Érase una vez una tarde de verano en la que Irina de ocho años y su mamá se sentaron a descansar a la sombra que ofrecía una hermosa higuera mientras comían unos dulces y sabrosos frutos que caían de una ramita. La mamá le explicó que antes de llegar a ser así de hermosa y plena fue una semillita, que, plantada en el lugar correcto, regada y mimada en su justa medida y sin exceso, fue creciendo poquito a poco. Tomó energía del sol y de la luna para ello. Primero salió su tronquito y alguna ramita. Al tronquito se le colocó un puntal para que creciera fuerte y recto y sus raíces se expandieron y se arraigaron bien a la tierra, pero se delimitó también su espacio vital para que la parte superior se desarrollara a la par de la inferior. Con el paso de los meses, adaptándose a los cambios del tiempo, sol, lluvia, viento y frío, incluso a la soledad, de una ramita salió una florecita, y ésta se convirtió en un sabroso fruto. Este árbol había entrado en otra etapa de su crecimiento: su madurez. Ahora dos veces al año, una en primavera y otra hacia finales de verano, daba dos clases de frutos diferentes: las brevas y los higos.

Da mucho a la naturaleza aun recibiendo poco de ella – ese poco la nutre en lo que necesita. Crece en equilibrio con el resto de su entorno, con gran paz, y no permite que aparezcan malas hierbas alrededor suyo. Acoge y da sombra y descanso, así como alimento a quien lo requiera. Pero a pesar de ser fuerte y resistente, sus ramas son frágiles y sus frutos blandos. Frutos que han alimentado a la humanidad desde sus principios. Así es la vida para todos, incluidos los niños; de pequeñitos se nutren en todos los sentidos para lograr un desarrollo, una madurez y un equilibrio consigo mismo y con el entorno.

Ofreciendo lo mejor sin esperar nada a cambio, se obtiene todo.

13 La morera, Leandro Cordón Brioa

En un bosque cerca de mi casa hay un grupo de moreras. De ellas, las más jóvenes, en años humanos, deben tener unos diez años de edad.

¿Sabes cómo se divierten estos árboles?

¡Surfean!

Pero en vez de surfear el agua lo hacen en el viento, con sus ramas y sus hojas. A lo mejor creías que era cosa solo de las palmeras de las playas de Hawái, pero en verdad, ¡esto lo hacen todos los árboles!

Uno de ellos quería ser el mejor. Lo quería tanto que poco a poco el surf dejó de ser un juego para él, y se preocupaba y se enfadaba cuando no conseguía realizar los mejores trucos con sus hojas. Intentaba hacerlos incluso cuando no corría ni una pizca de brisa.

Los árboles que él admiraba se unían y aprovechaban las corrientes, y en ellas, flexionaban sus ramas, haciendo las hojas 180° *flip* y *body varials* de *backside*.

Pero al final consiguió lo que se propuso. Lo consiguió porque, después de esforzarse desesperadamente, dejó de intentarlo, se rindió.

Entonces empezó a disfrutar el viento y a hacer trucos increíbles porque sentía y escuchaba los remolinos de aire, y ellos le chivaban como llevar a cabo cosas que al él nunca se le hubiesen ocurrido.

Pasó muchos años así, y como el resto de árboles ya no eran rivales, sino compañeros de corrientes, cada vez se lo pasaba mejor y mejor.

Un día, desde el otro lado de la alameda, un árbol más joven le dijo que él también quería ser el más hábil de las moreras-surferas, y le pidió que le contase el secreto.

El consejo que le dio fue este:

—Si te preocupas por ser el mejor no puedes sentir el viento. Haz lo contrario: presta atención a las brisas, juega con ellas, solo por pasártelo bien, olvida lo demás. El secreto está en divertirse. De esta manera, seguramente conseguirás ser el número uno.

»¿Pero, sabes qué? Cuando lo consigas, eso ya no te importará, ¡lo único que pensarás es que jugar con el viento es lo más divertido del mundo!

14 La sabiduría del Roble, Pau Guerrero Prado

—Esta tierra albergaba los mayores bosques de robles y encinas de todo el Pirineo —me dice, mientras seguimos el viejo sendero de Beget a Camprodón.

—Árboles milenarios en una tierra dura y áspera. ¡Imagínate! Una tierra de videntes con el conocimiento del roble, druidas. Su fama se extendía a ambos lados de la cordillera; no por casualidad san Aniol se refugió aquí, huyendo de los romanos.

»Pero la fama es mal asunto, te deja expuesto. A mediados del siglo XIX aparece el ferrocarril, y con él, la necesidad de madera de calidad para su construcción. La perdición del bosque, todos los grandes árboles fueron cortados.

Le escucho horrorizado.

—¿Todos?

—Algunos se salvaron: unos por estar huecos y ser inservibles, otros por ser demasiado importantes para la gente del lugar.

—Me gustaría encontrarme con uno de ellos.

—Pronto lo verás, descansaremos junto al roble de san Valentín. En Beget aún celebran una romería para saludar al árbol.

Apoyo mi espalda en el magnífico tronco. Dejo a mi mente divagar libremente.

Me duermo escuchando el sonido del viento a través de las hojas. El roble me habla:

—Si tu cuerpo se mantiene flexible y suave en el interior, las preocupaciones se desvanecerán y verás como todo se regula por sí solo. Cuando actúes, sé como el agua. Cuando estés quieto, como un espejo.

—Todo en la naturaleza está vivo y se mueve en alguna dirección. Al caminar, subir montañas o atravesar bosques, no eres más que la respiración del paisaje, un movimiento alineado con la dirección de todo cuanto hay bajo el cielo.

Mis ojos se abren como platos: ¿Será posible?

—Cuando tu cuerpo comprenda, tus acciones soltarán la carga de la preocupación y la ansiedad. Ligeras, como las hojas que caen en otoño o la niebla que se levanta del bosque al amanecer.

15 La vida emocional de un árbol generoso, Cleo Bucchi

Me llamo Robinia. Hace tres siglos, un jardinero de Versalles me trasladó aquí desde América. No siento nostalgia de mi pasado ya que en este lugar soy feliz. Los árboles, a veces, sentimos dolor, tenemos memoria de las experiencias negativas de nuestra vida, de lo que absorbemos del exterior, emociones humanas incluidas. Tomamos la forma del viento, sin oponernos a él y nos dejamos fluir. Además, tenemos una vida social. Juntos, todos vivimos mejor. Creamos un ecosistema que amortigua el calor y el frío extremo, almacenamos agua y producimos humedad cuando nuestro entorno la necesita. Si cada uno de nosotros se preocupara solo de sí mismo, no llegaríamos a la edad adulta. Juntos nos defendemos mejor de los ataques y cada especie tiene una forma peculiar y suave de alejar los peligros. La unión hace la fuerza de todos y la generosidad, también. Nuestra mejor amiga es el agua, que se parece a nuestra alma. El alma del valle vacío. Lo que somos. Y nuestra virtud más potente es la práctica de ‘no actuar’. No hablamos, pero siempre encontramos buenas respuestas. No actuamos y todo llega de forma natural. El agua es nuestra alma gemela. Su energía se renueva en un flujo continuo, sin prisa, solo empujada por el aliento del viento y por la fuerza de gravedad, porque su energía siempre desciende, algunas veces para apagar el fuego, nuestro peor enemigo. El agua, tampoco actúa. Se deja llevar tomando la forma del cauce del río. Es flexible como nuestras ramas, y ambos regalamos energía al mundo entero. Nacemos con el don de la eternidad, nuestro peor enemigo es el hombre que falta el respeto a la naturaleza; no sabe que su vida depende de su gran riqueza. Una colilla encendida lanzada al aire puede transformar un bosque en un cementerio. Los primeros en morir seremos nosotros, pero los humanos sin árboles no sobrevivirán. Los árboles junto con el agua somos eternos y disfrutamos cada día al fundirnos con la naturaleza, en un abrazo de armonía y longevidad, en una forma de quieta sabiduría cósmica.

16 Los frutos del trabajo, Francisco Javier Giner Mesado

Un padre y un hijo iban paseando por la montaña. El sol hacía que la caminata fuera de lo más agradable y tranquila. El padre disfrutaba del paseo contemplando la naturaleza que a su alrededor se mostraba espléndida. Su hijo iba saltando de un lado a otro del camino lanzando piedras y correteando por doquier, persiguiendo algún saltamontes o mariposas que se les cruzaban. Acercándose a un giro del sendero, ambos divisaron un árbol que les llamó la atención.

—¡Mira, papá, un manzano! Voy a coger una manzana.

El niño corrió hacia el árbol y trepó por la corteza hasta la primera rama. Cogió la manzana y bajó con la misma velocidad con la que subió. Dió un bocado enorme a la manzana. Acto seguido escupió el trozo que había mordido y exclamó:

—¡*Puaj!* ¡Está ácida!

Su padre se le acercó. Cogió la manzana y le dio otro enorme bocado. Mientras se la iba comiendo, iba asintiendo con la cabeza y dijo:

—La manzana aún está un poco verde porque no ha acabado de madurar todavía. Es muy poco considerado por tu parte rechazar la manzana de esta manera. Este árbol ha tenido que trabajar mucho para ofrecernos sus frutos. Primero fue una semilla que tuvo que morir para después poder renacer en forma de árbol. Con el paso del tiempo y poco a poco, ha ido creciendo hasta madurar lo suficiente para poder ofrecer sus frutos. Aunque es un árbol joven, nos ofrece sus manzanas para que podamos comerlas y disfrutarlas.

El hijo se quedó mirando a su padre. Acto seguido cogió de nuevo la manzana y volvió a morderla.

—Tienes razón, papá. Quizás no sea la mejor manzana del mundo, pero es la que mejor me ha sabido hasta el momento. Cuando pasen unas semanas, volveremos a por más y seguro que estarán aún más buenas.

El padre sonrió a su hijo acariciándole la cabeza. El niño se alejó del árbol dándole las gracias por la manzana. Comiéndosela emprendieron el paseo, dejando atrás al árbol que parecía despedirse de ellos al mismo tiempo que el viento movía ligeramente sus hojas.

17 Un maestro, Mariana Alejandra Barquero Noval

A la vera de un río cantarín despierta tras crudo invierno el Sauce más añoso de la comarca. Es una mañana diáfana tras una noche de tormenta y el viejo árbol se complace en el intenso verdor del precioso valle que continúa más allá del horizonte.

Bosteza, y extiende sus nudosas ramas, como brazos hacia el cielo, tomando sin esfuerzo el don de la luz para llevarla hacia adentro.

Y es en virtud de un nuevo comienzo, que su reseca corteza se engalana de tiernos brotes, los mismos que en el estío como larga cabellera acariciarán apenas el agua, antes de dorarse de otoño para volver a caer.

Profundamente hundidas, sus raíces se nutren de los secretos de una madre ancestral, para, firmemente blando, mecerse, doblarse y bailar al compás de obstinados vientos de primavera.

Su corazón sabe de ocasos, de inundaciones y sequías, de tristes despedidas, de cómo todo cambia, de luces y de sombras que se funden en armonía.

Una caricia de brisa fresca se ha llevado sus pensamientos, sus temores y sus penas... Y esto es una maravilla, respirar mucho le trae, todo se lleva y nada le cuesta.

Dicen que es un maestro porque la vida es para él como el aire: un regalo que ha que aprendido a recibir.

18 Un relato personal, Mònica Badia Crexans

Os voy a explicar una historia personal de mi época de adolescente. Mi nombre es Carlos y nací en un pueblecito de la Cerdanya, llamado Alp. Mi mejor amigo se llama Quico, fuimos juntos a la escuela y jugábamos a hockey sobre hielo en el Club Puigcerdà, éramos inseparables.

Con el tiempo nuestra rivalidad deportiva fue en aumento y afectó nuestra amistad. La situación llegó a tal extremo que el entrenador decidió intervenir para reconducir la situación. Nos propuso visitar un maestro de la naturaleza que vivía en un refugio del Cadí, al que iba a ver muy a menudo.

Llego el día y nuestro encuentro fue algo tenso. El tiempo era primaveral, el sol brillaba y las mariposas revoloteaban de flor en flor.

Empezamos a caminar adentrándonos en el bosque lentamente para poder observar todas las maravillas que nos ofrecía la naturaleza, desde las diferentes intensidades de la luz solar entre las ramas de los árboles, hasta el sonido del agua bajando por los diferentes riachuelos procedentes del deshielo.

De vez en cuando, nos deteníamos para apreciar el olor de las flores y el aire fresco que nos acariciaba el rostro.

Después de varias horas andando llegamos a un minúsculo refugio que estaba rodeado de formidables abetos.

Al pie del abeto más grande, encontramos un anciano de barba blanca con una inmensa sonrisa y un rostro que transmitía paz, nos saludamos y nos invitó a sentarnos junto a él.

El anciano le preguntó al entrenador:

—¿Sobre qué tema queréis hablar?

Le contestó:

—Háblanos sobre el *TAO*.

El maestro nos dijo:

—Hoy en día estamos en una sociedad en la que imperan las prisas, las ganas de triunfar, de ser más que el compañero..., esto nos crea ansiedad, celos y envidias. ¿Me podríais explicar cómo os habéis sentido durante el paseo hasta llegar aquí?

Ambos respondimos que inmensamente relajados y con mucha paz interior.

—Pues esto es el *TAO*, cuando dedicamos tiempo a nosotros mismos, realizando las tareas sin prisas, disfrutándolas y sobre todo desde el corazón. Compartiéndolas con los seres queridos y realizando aquello que nos apasiona. A dejar que las cosas pasen sin oponer resistencia, como este abeto, que día a día, va cambiando según las diferentes estaciones del año y no hay nada que haga variar su ritmo natural.

Esta filosofía de vida no es fácil de llevar a término, pero vale la pena intentarlo.

19 Yi y el sauce, Enric Mayals Juani

Yi era muy estricto, todo debía estar bajo su supervisión, el más leve incidente o cualquier imprevisto, por pequeño que este fuera, le encolerizaba hasta tal punto que un día se desplomó totalmente paralizado.

Médicos y curanderos de la región acudieron a visitarle, más ninguno halló cura. Un día un viejo ermitaño que vivía en las montañas cercanas bajó a la ciudad, y al pasar por delante de la casa de Yi, preguntó lo sucedido a un criado con semblante preocupado. Él se lo explico y el viejo ermitaño contestó:

—Tu señor siempre ha sido demasiado intransigente por eso ahora su cuerpo está tan rígido como su mente y solo podrá curarse impregnándose de la flexibilidad del sauce. Llévalo a orillas del río bajo aquel sauce centenario, dejadlo allí durante una semana y sanará. Así lo hicieron.

El primer día no ocurrió nada. Su mente todavía estaba demasiado confusa.

El segundo día aparentemente nada pasó. Se quedó contemplando el suave movimiento de las ramas del sauce.

El tercer día, observando los remolinos que se formaban en la corriente, allí donde las ramas más gruesas se hundían en al agua, comprendió que la rigidez solo crea resistencia. Recordó las enseñanzas de sus maestros sobre dejarse llevar por la corriente de la vida, y que decían que en la naturaleza todo fluye y que todos los seres nacemos y vivimos en el *Tao*.

El cuarto día llovió. Nadie se preocupó por él y él tampoco se movió. Allí, inmóvil, observando cómo las gotas resbalaban por todo el sauce y se volvían a fundir con el río, comprendió que el *Tao* es el que engendra y que *Te* es la ley por la que todo se manifiesta y se rige en la naturaleza.

El quinto día advirtió cómo las ramas más finas se dejaban llevar por la corriente y comprendió qué era *wu wei*. Fluir con la vida, aceptando los acontecimientos y las circunstancias que nos rodean sin rigidez, sin forzar, simplemente dejándose llevar.

El sexto día se levantó y rodeó el tronco con sus brazos, le dio las gracias y así permaneció todo el día. Su mente estaba en paz....

El séptimo día ya no percibía dónde acababa su cuerpo y dónde empezaba el del sauce, sus ramas eran sus brazos, las raíces... sus pies.

¿Dónde acaba uno, dónde empieza el otro?... Nadie lo sabe...